

Carlos Keller R.

## La vida espiritual de los antiguos mexicanos

**E**N lo más íntimo de su existencia, cada cultura está caracterizada y determinada en todas sus manifestaciones por su sentimiento cósmico. Cada una de las grandes culturas ha encontrado una peculiar manera de concebir la grandiosa majestad del universo que nos encierra. Desde los tiempos más primitivos, el hombre se ha esforzado en explicar los fenómenos de la naturaleza que lo llenan de espanto y terror. Vese cómo pequeñísimo grano de arena en las orillas de aquel océano cósmico inmenso, bramante a veces y también tranquilo y suave. Sus sentimientos palpitan frente a los problemas que le ofrece, su cerebro comienza a raciocinar y a buscarle una explicación que le satisfaga, que le tranquilice.

Cada grande cultura ha formado una imagen espiritual de ese cosmos, ha tratado de encerrarlo dentro de un sistema, de dominarlo. Lo que llamamos religión, arte, filosofía, economía, etc., no son sino otras tantas respuestas que hemos encontrado para explicar las eternas preguntas que nos hace el universo. Toda la cultura humana no es, pues, sino un reflejo, una imagen cósmica. Nuestra técnica moderna no es sino una última manifestación de aquel anhelo hacia el infinito que se había presentado por primera vez en Occidente, en los piratas que descubrieron nuestro continente americano hacia el año mil. Estos sentimientos del hombre son los verdaderos causantes

del movimiento que llamamos cultura. La cultura debe, pues, su origen, a la tensión que se forma entre el individuo y el universo; es la resultante de aquella tensión. En cada obra cultural, de cualquiera índole que sea, el hombre ha encerrado, encadenado, una parte del cosmos, o, dicho en otras palabras, lo ha dominado espiritualmente, ha tranquilizado los sentimientos apasionados que le inspiraron terror.

Cada una de las grandes culturas que nacieron, florecieron y perecieron en nuestro planeta estaba penetrada de una determinada concepción del cosmos, de un sentimiento cósmico peculiar a ella. Al principio de su desarrollo se manifiesta en forma verdaderamente emocionante; pero en el curso de la vida cultural, pierde su terror primitivo, el cual se extingue finalmente por completo. La vida cultural de los pueblos no es sino ese espacio de tiempo, relativamente corto, transcurrido desde que nace el sentimiento cósmico hasta que se extingue.

Ahora bien, se ha pretendido que existe un solo sentimiento cósmico de toda la humanidad, el cual sería, por supuesto, el nuestro, es decir, el occidental. Todas las demás cosmologías son consideradas por la mayoría de nuestros sociólogos como fantásticas, arbitrarias y faltas de realidad.

La crítica se limita a declarar que las cosmologías de las demás culturas no son científicas, por no encontrarse en armonía con las nociones absolutas que pretendemos tener del universo. Pero este método egocentrista no nos puede satisfacer ya. No podemos admitir que todos los demás tiempos y todas las demás épocas hayan errado por el solo hecho de haber concebido el universo en una forma diferente de nosotros. ¿De dónde tomar la varilla mágica que nos indique dónde está la verdad? No es precisamente necesario ser escéptico para admitir la relatividad de los valores culturales. El escéptico duda de todo. No osa dar una respuesta categórica a una pregunta que se le dirija. Admite dos o más soluciones para cada problema. El sociólogo relativista puede admitir muy bien la existencia de valores absolutos dentro de cada cultura y para cada época; pero niega que esos valores absolutos de

cada cultura lo sean también para otras culturas y otros tiempos. Toma por base de sus estudios la igualdad de las diferentes culturas en cuanto a su rango espiritual y averigua simplemente el carácter de sus respectivos valores culturales, sin calificarlos, es decir, sin aplicar a ellos su criterio personal.

Estudiada desde este punto de vista, la historia, la civilización indígena americana está adquiriendo un interés cada vez mayor. Puede decirse que se está restableciendo el criterio de la España colonial frente al indio americano. En realidad, para el conquistador español y para el legislador de las Leyes de Indias, el indio no era un ser inferior sino igual al europeo. Sólo más tarde, los anglosajones comenzaron a tratarlo como algo despreciable y salvaje. De otra parte, es cierto que para el español de la Colonia, el indio era un simple europeo a quien se atribuían iguales sentimientos y vida espiritual, mientras que nosotros lo consideramos hoy en día como una entidad sociológica diferente de nosotros.

Esta nueva apreciación del hombre no europeo se le debe quizás en primer lugar al arte expresionista, el cual dedicó un especial interés al arte exótico, descubriendo valores artísticos desconocidos hasta entonces. La etnología ha venido igualmente a preocuparse de las civilizaciones indo-americanas, después de haberse proporcionado, con las numerosas excavaciones hechas en los últimos decenios, un material maravilloso, jamás imaginado.

Entre la cultura occidental y la indígena americana pende sin duda todo un mundo, pero se trata simplemente de una diferencia de formas, de ideas; no de una diferencia en la calidad de las obras producidas.

Esta afirmación puede comprobarse fehacientemente estudiando el desarrollo y las ideas que determinan la cultura prehispánica en nuestro continente. Entre las diferentes obras modernas que pueden servir de base metódica a este respecto, merece especial mención una del doctor Theodor Wilhelm Danzel sobre la vida espiritual de los antiguos mejicanos, aparecida en 1922

(Folkwang Verlag, Hagen y W., Alemania). En ella fundaré las siguientes exposiciones. Debo agregar que, en varios conceptos, no estoy de acuerdo con el autor del libro a que me acabo de referir, de manera que no todo lo que voy a exponer aquí se encuentra en él.

\* \* \*

Oswald Spengler estudia en su *Decadencia de Occidente* (traducción española publicada por Calpe, Madrid), el concepto del tiempo y del espacio que se han formado las diferentes culturas, llegando a la conclusión de que el hombre antiguo y el occidental conciben el tiempo y el espacio en una forma completamente diferente. Dice él que en la Antigüedad predominó la tendencia a reducir el espacio y el tiempo a un solo punto. Para el hombre antiguo, el tiempo se compone del presente eterno y el espacio de cuerpos materiales, tangibles y visibles. El concepto cósmico de la Antigüedad corresponde a este orden de ideas; el universo forma un «cosmos» perfecto; es decir, un globo limitado y siempre igual, no expuesto a evolución alguna.

Para nosotros, los hombres occidentales, en cambio, el universo es infinito, ilimitado; se encuentra en evolución y está, en consecuencia, dominado de energías que lo impulsan hacia adelante.

Vemos, pues, que el sentimiento cósmico occidental y el antiguo son dos formas contradictorias de concebir el universo. Y esta idea fundamental que nos manifiesta cada una de estas dos culturas, no es una mera abstracción sin vida real, sino, por lo contrario, penetra los valores culturales de cada una, hasta los más insignificantes detalles.

Si esta teoría de Spengler es exacta, los indígenas americanos deben estar caracterizados por un sentimiento cósmico diferente del que han desarrollado las demás culturas. Y en realidad, la obra de Danzel nos ofrece un rico material para comprobar esta tesis.

Para nosotros, existe una absoluta separación entre el mundo subjetivo (lo que se encuentra dentro de nosotros) y el objetivo (lo que se encuentra fuera de nosotros). Consideramos el universo como entidad independiente del individuo. Para el antiguo mexicano, no existe esta separación. Para él, el universo y el individuo forman una unidad, una totalidad. No hay, en consecuencia, leyes especiales para el individuo y para el universo: ambos están regidos por iguales fuerzas. Contemplando el mundo espiritual del mexicano desde nuestro punto de vista, podemos decir, pues, que en él se efectúa una proyección de sensaciones subjetivas en el mundo objetivo, y viceversa. Lo objetivo se lo imagina el mexicano en forma subjetiva, y lo subjetivo en forma objetiva. Fenómenos astronómicos, como por ejemplo, un eclipse solar o lunar, son explicados como una lucha entre el dios solar y el dios lunar. (Uitzilopochtli y Coyolxauh). Es decir, se emplean los elementos netamente subjetivos, como ser el odio, la venganza, etc., para explicar fenómenos objetivos. Los factores psíquicos, en cambio, son materializados. Así, los soldados colocaban en su rodela un dedo de una mujer muerta en el alumbramiento, para adquirir la cualidad de invencibles. Se suponía, pues, que el heroísmo de la mujer que había dejado su vida para dar vida a un niño, podía trasmitirse a otra persona en la forma indicada.

Fuera de este orden de ideas, existe otro muy singular y que se refiere a la formación de conceptos complejos. Nosotros tratamos de discernir claramente las diferentes ideas que nos formamos de las cosas. El mexicano, en cambio, trata de unir constantemente diferentes ideas para formar conceptos complejos. Los fenómenos cronológicos son por ejemplo unidos con otros especiales. El universo se consideraba compuesto de los cuatro puntos cardinales y de la quinta dirección de abajo hacia arriba. A cada una de estas diferentes direcciones le corresponde uno de los cinco grandes períodos en que se divide el desarrollo del universo. A cada punto cardinal le corresponde además un determinado color, y cada uno le obedece a un determinado dios. Al referirse el mexicano a uno de estos diferentes conceptos,

piensa al mismo tiempo en todos los demás. De aquí se deriva la enorme dificultad que existe para poder interpretar fielmente cualquiera manifestación de la cultura mexicana, pues no se sabe jamás exactamente cuáles son en cada caso los conceptos primordiales a que se refieren estos conceptos polifónicos. En el mundo espiritual mexicano se efectúa una continua metamorfosis de los conceptos. Así se explica también el curioso fenómeno de que existan en la literatura tan diferentes interpretaciones de un mismo hecho. Al referirse a un mismo documento, de dos autores occidentales uno puede declarar, por ejemplo, que se trata de un color y el otro que el respectivo documento habla de una dirección: y ambos pueden tener razón.

Sabemos que, en sus principios, todas las culturas poseen tales conceptos complejos. Toda la mitología primitiva está caracterizada por una confusión de los afectos subjetivos del amor, del odio, del temor y de la esperanza, con fenómenos objetivos. En el fondo, ninguna de las diferentes culturas ha logrado independizarse por completo de ella. También nuestro pretendido mundo objetivo no es sino una imagen de nuestra alma. Ni el sistema de Darwin ni cualquiera otro, nos ha podido presentar el mundo objetivo, porque este mundo jamás se nos revelará. Desde el punto de vista de la eternidad, no hay diferencia entre el mito de Darwin y cualquiera otro inventado por un hombre prehistórico. La lucha por la vida: eso es algo eminentemente occidental, que se manifiesta por primera vez en los piratas medioevales que vinieron a descubrir nuestro continente por el año 1000, que encuentra su más grandiosa manifestación en las catedrales góticas, que domina nuestro industrialismo y nuestro expansionismo y que ha encontrado su última, más materializada y superficializada expresión en el sistema de Darwin.

Y tampoco las demás teorías «exactas» occidentales dejan de ser algo netamente occidental, una mera manifestación de nuestra manera de concebir el universo. Podemos presentar el problema en la siguiente forma más explícita: Nuestro aparato nervioso está rodeado de un sinnúmero de ondas de diferente

amplitud que producen en él la sensación de colores, de olores, de sonidos, etc. Todas estas sensaciones no existen sino en nuestra alma y no tienen ninguna existencia objetiva, fuera de nosotros. Ningún individuo percibe la totalidad de las ondas, etc. que llegan hasta él, sino sólo una parte de ellas. Esta parte viene a formar su universo, su medio ambiente. El mundo objetivo presenta, pues, una infinidad de posibilidades de diferentes medios ambientes, de las cuales en cada individuo sólo se realizan unas pocas. Depende de la disposición del alma de cada individuo, cuáles sensaciones llegarán a realizarse en él. Lo mismo pasa con las culturas. Debemos concebir a éstas como individuos. Cada una de ellas tiene disposiciones especiales para concebir una parte de la infinidad de posibilidades que encierra el universo. Así se explica que cada cultura haya creado una imagen peculiar a ella del universo y diferente de las demás culturas.

De otra parte, cada individuo y cada cultura tiene la tendencia de generalizar su imagen cósmica y de considerarla absoluta y perfecta, o dicho en otras palabras, de atribuirle un valor objetivo. Tal exageración se explica en el antropomorfismo y egocentrismo que es quizás el más fuerte aliciente de la evolución histórica, pero que precisamente no debe encontrarse en un historiador. Para el historiador no existe una cultura superior a otra cualquiera. Cada una de ellas es, en todas sus manifestaciones, la realización de un conjunto reducido de las infinitas posibilidades que ofrece el mundo objetivo. Así la teoría de Darwin o de Comte y la manera de interpretar el universo de los antiguos mexicanos se encuentran a un mismo nivel y representan valores culturales de igual importancia subjetiva.

Existe, en el desarrollo de las culturas, una grandiosa unidad de ideas. Ya me había referido más arriba a la teoría de Darwin y sus diferentes aspectos predarwinianos. Primero encontramos en todas partes los mitos, en los cuales la idea cósmica de cada cultura nos ofrece su primera grandiosa manifestación. Mitos son simplemente encarnaciones vívidas del alma de cada cultura. En las épocas posteriores, la razón comienza a destruir

los mitos. Así al menos se nos manifiesta la evolución. En realidad, no se destruyen los mitos, sino que se les interpreta simplemente de otra manera, racionalmente. Y en las otras culturas se repiten esos mismos mitos infinitas veces en las más diferentes formas. Llega el momento en que la razón humana se cree única dueña del hombre. Entonces la duda empieza a predominar y destruye los valores culturales producidos. El reino de la duda es, empero, la época de decadencia, es el ocaso de las culturas.

En nuestra cultura occidental es fácil demostrar esta evolución. En la obra de Spengler se encuentran las grandes líneas de nuestro desarrollo. Vemos surgir con toda claridad el imperio de la razón, en el siglo XVIII. Y Comte nos presenta, a mediados del siglo pasado, un sistema de nuestra evolución, sistema que se puede aceptar en general, pero siempre que se diga «Occidente» donde él habla de la «Humanidad».

Pero es tiempo de que volvamos a ocuparnos de nuestros mexicanos. Aquí se nos presenta la misma situación. Primero tenemos que ver con la creación de mitos, con la condensación de ideas religiosas de la concepción cósmica, más tarde encontramos la interpretación racional de esos mismos mitos. La diferencia que pende en Occidente entre la así llamada Edad Media y la Moderna, existe también en México. La Edad Media mexicana es el período de los mayas y chichimecas del siglo V, y la Época Moderna, el período de los aztecas del siglo XV. La misma diferencia que hay entre Santo Tomás de Aquino y Darwin, existe entre un filósofo maya y uno azteca. Más adelante vamos a llegar a conocer un ejemplo al respecto.

Consideremos ahora algunos ejemplos interesantes que nos permitirán demostrar algunas peculiaridades de la vida espiritual de los antiguos mexicanos.

Uno de sus dioses más importantes era Quetzalcouatl, identificado más tarde con Cortés. Es identificado también con la luna. Cuando la suave luz de nuestro mayor astro nocturno se confunde con el esplendor del sol, Quetzalcouatl se quema y sacrifica. En este mito se manifiesta el de la introversión y del



segundo nacimiento. La introversión consiste en el retiro de este mundo para condensar las fuerzas del alma, con el fin de producir la regeneración del hombre, la renovación de su personalidad. Así la luna se sacrifica frente al sol, para volver a desarrollar su plena claridad. Por eso Quetzalcouatl es representado con los utensilios de un penitente, de un asceta, en los geroglíficos mexicanos.

El calendario mexicano (tonal-amatl) consta de 260 días que se distribuyen en 13 semanas de 20 días cada una. Cada día de la semana lleva el signo de un animal, etc., símbolos que tienen un determinado sentido, como por ejemplo, fertilidad, paz, pobreza, muerte, vejez, etc.

Sabían los mexicanos que el año astronómico constaba de 365 días, repartidos en 18 semanas de 20 días, más cinco llamados «Inútiles».

Entre estas dos diferentes cronologías y otra tercera, basada en el año de 584 días que emplea el planeta Venus para circunvalar el sol, existía una relación matemática, comenzando los diferentes sistemas cronológicos en el mismo día, cada 52 años, de manera que estos 52 años formaban un período más amplio.

Cada año, estación y día estaba coordinado a un dios. Cada una de las diferentes estaciones correspondía a uno de los cuatro puntos cardinales.

La cosmogonía mexicana constaba de los siguientes cinco períodos:

1.º Atonatiuh, o sea, sol de agua. En este período el mundo estaba poblado de gigantes. Se produjeron grandes inundaciones. Los hombres fueron transformados en peces. A este período le corresponde el Oeste.

2.º Ocelotoniuh, o sea, sol de jaguar. Se derrumba el cielo, el sol permanece inmóvil a fines del período, los jaguares se devoran a los hombres. Un gigantesco jaguar se devora al sol, es decir, se produce un eclipse. Este período le corresponde al Norte.

3.º Quiauh-toniatuh, o sea, sol de fuego. Cae fuego del cielo y quema a los hombres. Le corresponde al Sur.

4.º Ecatonatiuh, o sea, sol de viento. Se producen grandes tempestades. Los hombres son transformados en monos. Le corresponde al Este.

5.º Olintonatiuh, o sea, sol de terremoto. Nuestro período terminará con un gran terremoto que destruirá la tierra. Comenzó este período en 726. Nuestro sol fué creado en el año 751.

Existen trece cielos y nueve infiernos. El Stix mexicano se llama Chicunauhapan; las almas lo cruzan con el auxilio de un perro rojo. El universo era concebido en la forma de una enorme pirámide que descansa sobre una culebra.

También aquí tenemos que ver con una confusión de afectos subjetivos y objetivos. El estado despierto de un individuo representa la tierra y el sublimar, el infierno. El estado de potencialidad intuitiva nos hace concebir el cielo. Es la misma concepción cosmológica que encontramos en la Divina Comedia del Dante.

Sumamente complejos son aquellos conceptos que se refieren a los puntos cardinales.

1.º El Este tiene los siguientes calificativos: primera estación del tonalamatl, región del amanecer, casa colorada, país rojo, región de los colores rojo y negro, país de la escritura, lugar donde se quema, lugar donde desapareció Quetzalcoatl. Es la región donde viven los guerreros caídos en el campo de batalla o sacrificados a los dioses. Ellos saludan al sol cuando sale en Oriente, le ofrendan bailes y lo acompañan hasta el cenito, donde se lo entregan a las mujeres muertas en la nacencia. Se encuentra en el Este el gran hoyo de que salieron el sol y las estrellas.

2.º El Norte es la región de la muerte, de los cuchillos de piedra, de la guerra y de los sacrificios, la casa de las lanzas, el lugar de la obscuridad. En él se encuentran los «400 boreales» (quizás se refiera este concepto a determinadas estrellas).

3.º El Oeste es la región de las mujeres muertas en la nacencia, las cuales eran veneradas en la misma forma que los guerreros muertos en el campo de batalla. Es la región de la diosa de la tierra. En ella se encuentra el gran océano en que

se pone el sol, para dar luz a los muertos. Y el gran hoyo en la tierra de que han salido los hombres. Se le califica además: casa del nacimiento, patria de las naciones, patria del maíz, lugar de las flores. Aquí fueron despeñados los dioses por haber cortado flores sin permiso. En sus límites se encuentra el chicunauhapan.

4.º El Sur es la región del fuego y de las espinas, el lugar de la penitencia o de las flores (símbolo de la sangre; el corazón humano se llama casa de flores). Aquí viven los dioses del placer, de la música y del baile. Aquí se encuentran los «400 septentrionales».

En el centro del universo habita el dios solar. Los cuatro puntos cardinales son representados también en la forma de cuatro árboles. Al Este le correspondía además el color rojo, al Norte el amarillo, al Oeste el azul y al Sur el verde. Fuera de las cuatro estaciones le estaban también coordinados a los cuatro puntos cardinales, los cuatro periodos en que se dividía la época de 52 años.

Otro sistema muy interesante de coordinaciones de conceptos que existen separados los unos de los otros para nosotros, está representado por los órganos del cuerpo humano. Efectivamente, el antiguo mexicano se imagina relacionado cada uno de nuestros órganos con todo el universo. Existen jeroglíficos en que cada órgano lleva el signo de un determinado día, y como cada día estaba a su vez relacionado con un sinnúmero de diferentes conceptos, resulta un sistema sumamente complicado.

Tampoco en este caso se trata de ideas netamente fantásticas. En realidad, investigaciones recientes han demostrado que el alma del hombre posee ciertas disposiciones para producir disociaciones o emanaciones fantásticas (condensadas en la forma de imágenes) relacionadas con determinados órganos del cuerpo. El mexicano les atribuye a estas disociaciones una realidad igual a la de las demás cosas.

El día mexicano constaba de 13 horas y la noche de 9, las cuales estaban a su vez coordinadas a los 13 cielos y 9 infiernos y a los cuatro puntos cardinales.

Cada día estaba además caracterizado por ciertas cualidades que podían favorecer o dañar al hombre. Tampoco estas relaciones son meras fantasías. Desde las publicaciones de los célebres trabajos de Kemmerer, Fliess y Swoboda (véase Revista de Occidente, N.º IV) sabemos que existen ciertas periodicidades de la vitabilidad, de manera que la antigua creencia en días de buena y mala suerte no carece de ciertos aspectos científicos. El antiguo mexicano formaba un concepto único de estos para nosotros diferentes fenómenos.

En cuanto a los sacrificios, que como se sabe se practicaban en grande escala en México, no los debemos apreciar con nuestros ojos racionales. Eran ellos de la mayor importancia para la vida mexicana, y quizás sólo se hayan mantenido hasta el siglo XVI debido al exceso de población que había en el reino de Tenochtitlan. No estaban basados en sentimientos de crueldad, sino se practicaban con un espíritu devoto y humilde. Según las creencias mexicanas, estos sacrificios eran necesarios para hacerle posible la existencia al sol, de la misma manera como el cristianismo considera necesario el sacrificio de Jesucristo para la redención de la humanidad, el cual se repite, como es sabido, en cada misa, aunque en forma simbólica. La necesidad de los sacrificios humanos para la existencia del sol nos explica también la suposición de los mexicanos de haberse creado el sol después de los hombres. El mexicano estaba dominado de un terrible temor de que el sol se podía eclipsar algún día para siempre. Según su mitología, todos los dioses se habían sacrificado ya una vez para impedir este hecho. Todos los años se efectuaba una ofrenda de todo el pueblo a favor del sol, la cual consistía en la extracción de sangre del cuerpo. (Se llamaba esta fiesta «cuaresma a favor del sol»). El sacrificio significa la muerte del demonio dentro del hombre y la resurrección de éste en una forma purificada. Tenemos aquí, pues, una relación con la penitencia y la renovación del hombre interior. Por esta misma razón sólo los más grandes héroes eran dignos del sacrificio. Precisamente los mejores del pueblo mexicano no se ofrecían voluntariamente para ser sacrificados.

También los mismos juegos nos demuestran una ideología muy interesante. El más importante era el de la pelota o de la chueca, que se encuentra en todo el continente, y que se ha conservado entre nuestros mapuches hasta nuestros días. En México, la cancha tenía la forma de una doble T. La pelota tenía que pasar por una argolla que se encontraba en el centro. La pelota significaba la luna o el sol. Existía una relación entre este juego y la vida sexual. El ganador, por ejemplo, era llamado «el gran adúltero».

Todas estas fiestas, sean profanas o religiosas, tenían un enorme alcance para el mexicano, un alcance que también tenían para nuestra propia civilización en los períodos anteriores. Para nosotros, los hombres del siglo XX, es difícil concebir la devoción con que el hombre de otras épocas las celebraba. Por supuesto que los actos religiosos no producen efectos en el mundo objetivo, pero su importancia para el mundo subjetivo es enorme. La contemplación del culto tranquiliza los demonios que viven en su pecho, destruye las imágenes perturbadoras que se habían apoderado de él. Es decir, el culto altera las condiciones psíquicas subjetivas del individuo.

Este mundo mexicano a que me he referido hasta ahora, se nos presenta en los escasos documentos de la época de la conquista y en las obras arqueológicas conservadas. A la primera vista tenemos la impresión de ocuparnos de una cultura extraña y separada por todo un mundo de la nuestra. Pero una vez que hayamos penetrado en su rica vida, vemos manifestarse ante nuestros ojos toda una maravillosa concepción cósmica, no menos desarrollada que la de cualquiera otra de las grandes culturas.

Lo que he presentado hasta ahora no es sino nuestra interpretación de los documentos culturales mexicanos, aplicando a ellos los métodos de la etnología y psicología modernas. No debemos olvidar que estos documentos nos presentan solamente aquellas formas de la cultura mexicana que se han conservado hasta nuestros días. En su mayoría, se trata de simples eróglifos. ¿Cómo averiguar en qué forma los mismos mexicanos

interpretaban estos documentos? Sin duda, esa interpretación ha variado mucho en el curso de la evolución de su cultura. Primero se interpretaban mitológica, más tarde racionalmente. Quizás hayan existido un Darwin y un Comte mexicanos. Si consideramos la antigua mitología mexicana, vemos que ella nos presenta como etapas prehistóricas del hombre una en que sus ascendientes eran peces y otra en que eran monos: es lo mismo que nos dice Darwin.

Si debido a una catástrofe parecida a la que experimentó México en el siglo XVI se destruyera la civilización occidental, digamos por una invasión de la raza amarilla, quizás sólo se conservarían unos pocos monumentos pétreos del período gótico, del barroco y de la civilización moderna, los cuales formarían un conjunto poco ordenado y disperso sobre grandes territorios. Sobre esta base un historiador futuro tendría que reconstruir la cultura occidental, sin tener la menor posibilidad de llegar a conocer nuestra mentalidad en el curso de los siglos. Toda la vida espiritual habría desaparecido por completo, y no existiría medio alguno para determinar nuestra situación frente a los monumentos conservados. Y considérese qué alteraciones ha experimentado nuestra mentalidad en el curso de los siglos. Una cultura jamás es algo fijo y estable, sino bien al contrario, como dice Bergson, debemos concebirla en la forma de un torrente. Es decir, hay movimiento dentro de cada cultura, evolución hacia el futuro.

Muy difícil sería reconstruir esa evolución de la cultura mexicana. Pero no cabe la menor duda que la interpretación racional de los jeroglíficos estaba perfectamente desarrollada entre los mexicanos. Poseemos una valiosa prueba al respecto en las oraciones recolectadas por Sahagun, cronista español de los primeros tiempos de la conquista, que nos ha conservado una serie de oraciones mexicanas en su forma y lengua originales, sin alterar su sentido. Estas oraciones nada tienen que ver con las fantásticas ideas de los jeroglíficos. En su espíritu francamente «puritanas», corresponden exactamente a la ideología del hombre occidental moderno. Ellas nos revelan la exactitud de la

tesis, sostenida en este ensayo, de que la cultura mexicana nos demuestra las mismas etapas en su evolución que encontramos en Occidente.

Como ejemplo de estas oraciones le presentaré al lector una de ellas:

«Señor, poderoso y piadoso socorridor, invisible e imperceptible, tú eres el que da la vida. Señor del universo y de las batallas, aquí me ves delante de tí. Te quisiera decir unas pocas palabras sobre la miseria del pueblo, del pueblo que ni tiene fortuna ni razón. No tienen nada (los pobres) cuando se acuestan de noche y nada cuando se levantan de mañana. La oscuridad y la luz los encuentran en igual pobreza. Oyeme, señor, tus súbditos y servidores padecen de una miseria tan grande que sólo se la puede llamar la mayor pobreza y la mayor miseria. Los hombres no tienen vestidos y las mujeres no tienen nada con que cubrirse, fuera de unos pocos harapos rotos y que dejan pasar el aire y el frío. Con gran trabajo y sacrificio reúnen todos los días lo que necesitan para poder vivir. Van a los cerros y a las regiones despobladas en busca de víveres. Son tan débiles que sus entrañas golpean contra sus costillas y su cuerpo resuena por estar hueco. Se mueven como el pueblo desesperado. Su cara y su cuerpo semejan a la muerte... Observan la boca de los hombres que pasan y esperan que alguien les diga una palabra. Dios piadoso: el lugar en que duermen no es lugar para descansar, sino para padecer... Cuando descansan cerca de un fuego, no sienten el calor. Oh señor piadoso, invisible e imperceptible: te ruego que veas acá y que te compadezcas de aquellos que andan míseros y lamentosos ante tí, de aquellos que buscan compasión en el temor de los corazones. Oh señor, en cuyo poder está darles a todos felicidad, bienestar y riqueza, pues tu sólo eres el dueño de todo lo bueno, ten compasión con ellos, pues son tus servidores. Te imploro que les des un poco de tolerancia, de compasión y de dulcedad, pues les falta todo.... Si este pueblo para que te imploro el bien no quiere reconocer lo que le has dado, le puedes quitar otra vez todo el bien y condenarlo...

¿Con quién hablo? ¿Dónde me encuentro? Ah, hablo contigo, oh rey, y sé bien que me encuentro en un lugar solemne y que hablo con un ser de gran majestad. Una corriente vasta hay entre nosotros, un valle de enorme profundidad nos separa. Me encuentro en un lugar peligroso de que muchos se precipitan, pues nadie es reconocido como perfecto frente a tu majestad. Yo, como hombre provisto de poca razón y falto de elocuencia, tengo la osadía de dirigirte estas palabras. Me encuentro en el peligro de precipitarme en este valle y en la cueva de este río. Señor, he venido a quitarme con mis manos la vista de mis ojos, con el fin de soportar el pudrimiento de mis miembros, la pobreza y la miseria de mi cuerpo, el cual merece esta bajeza. Pero tú, señor, nuestro refugio, piadoso, invisible e imperceptible, tú vive y reina eternamente tranquilo y en paz.